

DIEGO BARROS ARANA

Toledo, la antigua capital de la monarquía goda*

Carta a Marcial González

Madrid, noviembre 24 de 1859.

Mi querido amigo:

Cada vez que llega la hora de escribir para Chile, me encuentro irresoluto para elegir el tema de mis cartas. Si yo hubiera de escribirle noticias solamente relativas a mi persona, me limitaría a repetirle mis cartas anteriores, diciéndole, estoy bueno, sigo en Madrid, vivo muy ocupado en el estudio de documentos y manuscritos; y si hubiese de darle cuenta de mis impresiones de viaje, de las observaciones que hago a cada paso, y descripciones de lo que veo, mis cartas tomarían la extensión de volúmenes. Quiero evitar uno y otro extremo, y escribirle cartas que lo obliguen a Ud. a recordar al amigo ausente.

Hasta ahora estoy ocupado en el estudio de los documentos, en hacer extractos, tomar notas y sacar copias de todo lo que me parece más interesante. Ya dije a Ud. que había encontrado verdaderos tesoros para la historia nacional, y que no saldría de España sin explotarlos. Ahora tengo que manifestarle mi sorpresa al palpar en archivos y bibliotecas que ninguno de nuestros compatriotas que han visitado la España haya tenido ni siquiera el deseo de preguntar por los documentos que fijan los límites territoriales de Chile.

Al decir a Ud. esto, debo hacer una honrosa excepción en favor del joven don Manuel José Irrazábal, que en una de sus visitas a Madrid encargó a un amigo suyo que le hiciera copiar cuanto libro relativo

a Chile existiese en la biblioteca de la Academia de la Historia. Este amigo desempeñó el encargo haciéndole copiar algunas relaciones históricas que allí existían, y varios volúmenes de documentos relativos al descubrimiento y navegación del Estrecho de Magallanes (que habían sido publicados en la célebre colección de Navarrete, tomo 4º); pero no conoció nada de aquello que se ocultaba entre legajos que tienen un rótulo extraño en apariencias. Yo he tenido paciencia de examinar hoja por hoja aquellos papeles, y he tenido el placer de descubrir riquezas que nadie había mirado siquiera. Por ahora no deseo otra cosa que tener salud y tranquilidad para vaciar esos datos en la proyectada historia completa de Chile.

Con decirle eso le doy cuenta de mi vida actual en Madrid. A las diez de la mañana, después de mi almuerzo, me marcho a la biblioteca, en donde quedo hasta las cuatro de la tarde sobre los papeles y documentos, en ese trabajo que tanto me divierte, haciéndome olvidar por algunas horas todo aquello que amarga nuestra vida y que Ud. siente tanto como yo. En la tarde y en la noche me junto con algún amigo, en cuya compañía como, y luego, voy al teatro, o me entrego a la charla. El amigo don Manuel Urrejola es el más amable compañero que haya encontrado aquí: me ha obsequiado cuanto es dable; me ha introducido entre sus relaciones, que son las mejores de Madrid, y me acompaña mucho. Ahora necesito de esa com-

* En carta fechada en Santiago el 31 de enero de 1861, Marcial González escribió a Barros Arana: "He recibido con el gusto de siempre su prolija e interesante carta de este vapor, segunda que me escribe desde Madrid, y tanto ella como la anterior las he hecho publicar en "El Mercurio", previas, por supuesto, las supresiones exigidas por la mezquindad de nuestra situación política. Pero así como así, me ha parecido que Ud. no se disgustará de ver en letras de molde sus opiniones

sobre la madre patria. En casa de Guillaumin recibirá Ud. los dos números de aquel diario que las contienen. Yo y sus amigos le hemos agradecido, después de leerlas en casa en comité, que se haya acordado de nosotros para mandarnos esa prueba de lo bien que emplea Ud. el tiempo que pasa lejos de la patria". La carta fué, efectivamente, publicada en "El Mercurio", de Valparaíso, de 31 de enero de 1860, y por primera vez se la reproduce.—G. F. C.

pañía, porque Benjamín Vicuña, que tanto me ayudaba en mis trabajos, se ha marchado a Francia.

En los días de fiesta, que en España son mucho más numerosos que en Chile, tengo que hacer otra vida, y los empleo en visitar museos, paseos, etc. El 19 del presente fué cumpleaños de la reina, y por tanto, día de fiesta para todo el reino, en el cual todo buen español debe oír una misa, y guardar la santidad del día; pero sin preocuparme de nada de eso, yo quise aprovechar de dos días festivos que se me juntaban para irme a Toledo a visitar la antigua capital de la monarquía goda. Debe Ud. saber que uno de los pocos ferrocarriles que hay en la península, y el único que comunica a Madrid con el mar, es el que conduce a Alicante, sobre el Mediterráneo. Pasa éste por Aranjuez, y de allí se ha sacado un ramal que va a Toledo. En tres horas recorre Ud. la distancia de doce leguas que separa la capital moderna de la antigua, lo que le probará que los ferrocarriles no tienen aquí la velocidad de los de Francia e Inglaterra. Este sistema de comunicación es aún una novedad en este país. Los empresarios no han podido regularizar las marchas y demás operaciones con la precisión que rige en el resto de la Europa, ni extirpar las preocupaciones más absurdas. Un caballero de Toledo me decía: "El ferrocarril es una gran cosa para el movimiento de pasajeros; pero no hay nada como la carreta para la carga, sobre todo si es delicada". Esto no le asombre, porque en materia de preocupaciones, las cabezas de los españoles y las de nosotros, sus hijos, fueron visiblemente favorecidas por la Providencia. En 1850 un ingeniero inglés habló de construir un ferrocarril que hiciese el mismo servicio que presta el canal de Castilla, pero con más presteza y menos costo; y el Ayuntamiento del Pueblo de Dueñas, en donde se debía hacer la línea, se opuso tenazmente por ser un sistema de comunicación peligroso, porque iba a llenar de humo al pueblo, y además, por ser contrario a Dios, puesto que se hacía con menosprecio de los ríos, que son su obra, lo que equivalía a dar la preferencia a los trabajos humanos sobre los divinos. ¿No le parece a Ud. que está presenciando aquella sesión del Senado en que se combatía el proyecto del ferrocarril de Valparaíso, porque los carreteros podían encontrarse sin trabajo? ¿No cree Ud. oír a aquel hacendado chileno que decía que sus carretas

podían cargar más que los trenes del ferrocarril del Sur? Decididamente, nosotros no podemos negar la identidad de sangre y de educación.

Después de conocer los ferrocarriles de Francia e Inglaterra, que cortan campiñas perfectamente cultivadas, y que están bordeadas de hermosas casas de campo y de numerosos establecimientos industriales, un ferrocarril español, y sobre todo el que une a Madrid con Toledo, es una verdadera novedad. Al recorrer las Castillas y la Mancha, la uniformidad del terreno, la dilatada extensión de llanuras sin riego, apenas interrumpidas por ligeras ondulaciones y la falta casi completa de árboles y habitaciones, asemeja aquel severo, aunque grandioso paisaje a las pampas o al océano. Esos campos están casi desiertos: de vez en cuando se divisa una partida de alegres y cantores muleteros, o un pastor que cuida sus ovejas, pero no se ve ni una casa, ni una choza siquiera. De distancia en distancia se distingue, sobre un conjunto de casas, descollar un campanario o los torreones medio arruinados de un castillo de la Edad Media: es ése un pueblecillo colocado de ordinario en la parte más alta del terreno, donde se han reunido todos los labradores de las inmediaciones para defenderse mutuamente de las correrías de los moros en otro tiempo, y de la rapiña de los salteadores, en época posterior. En esta parte de España no se encuentran casas de campo, ni tapias, ni cercados: el ojo del viajero, desembarazado de todo obstáculo, puede dominar una extensa porción de territorio y percibir desde mucha distancia un objeto cualquiera que sobresalga sobre la monotonía del paisaje.

Así, desde mucho antes de llegar a Toledo, ya se divisan las torres moriscas que ahora, ocho siglos, servían de fortificación, y cuyas gallardas e imponentes ruinas llaman hoy la atención de los arqueólogos y curiosos. La ciudad ha sido construída, como Roma, sobre siete colinas, y para penetrar en ella es preciso subir por las laderas en zigzags abiertas en roca viva, y atravesar el río Tajo por un antiguo puente de piedra, al parecer, obra también de los moros. Debo prevenirle que en Toledo ese río es pequeño comparativamente a las dimensiones que toma en su embocadura, enfrente de Lisboa, y que arrastra sus aguas por un cauce estrecho, lo que hermosea la vista, puesto que allí no se ven arenales, ni nada de aquello que hace

poco agradables las orillas de la mayor parte de los ríos.

Sobre la mayor elevación de la colina está situado el antiguo Alcázar de Toledo, palacio monumental que se conserva allí como ejemplo de los destrozados de las guerras y como muestra de la indolencia de España. Parece que desde los primeros tiempos de fundada la ciudad, hubo allí un castillo para la defensa, pero sólo después de reconquistada del poder de los moros, Alfonso VI dió principio al edificio actual, que vino a ser el más suntuoso palacio de la monarquía española. Posteriormente, Carlos V y Felipe II ensancharon el edificio, construyeron elegantísimas fachadas y lo convirtieron en un verdadero monumento. Incendiado en 1710 por un cuerpo de tropas portuguesas, durante la Guerra de la Sucesión, restaurado bajo el reinado de Carlos III y vuelto a incendiar por las tropas de Soult, sólo han quedado en pie las murallas de granito para revelar lo que fué aquel palacio y recordar que hay bastante indolencia para no restaurarlo, como se podría hacer fácilmente.

Imposible sería que en una carta pudiera hacerle una descripción completa de aquel palacio. Figure Ud. algo parecido a los palacios encantados, con cuyas dimensiones y grandiosidades nos hacen abrir la boca de admiración en nuestra niñez. Basta que le diga que en las bóvedas subterráneas, que se conservan intactas, hay caballerizas para cerca de dos mil caballos, fuera de cuarteles para la tropa que servía la guardia de los reyes, con ventanas que dan sobre los barrancos del río. La parte superior del edificio corresponde dignamente a tanta riqueza y grandiosidad. Felipe II, que cuando no se divertía mandando quemar herejes, buscaba entretenimiento en algunos caprichos arquitectónicos, ordenó la construcción de una escalera que confundió a los arquitectos, y que se conserva hasta hoy. Es ésta de doble espiral que hace ver dos escaleras distintas e independientes dentro de una sola caja circular de cinco pies de diámetro, y cuyo eje es común a ambas. La dificultad fué vencida hábilmente, y hasta ahora pueden dos hombres subir a un tiempo aquella escalera sin sentirse ni verse.

Inútil me parece decirle que yo me encaramé en la parte superior de las murallas existentes para gozar del panorama que se desarrolló a mi vista, dominando toda la ciudad y la campiña de sus inmediaciones. La ciudad está llena de ondulaciones, de

manera que el viajero está obligado a subir y bajar constantemente para recorrer sus calles. Son éstas suavemente estrechas, y tan torcidas, que más que calles parecen pasadizos de un laberinto, lúgubre y oscuras por estar rodeadas de casas de estilo morisco de elevada altura.

Desde aquella eminencia se veía descollar la majestuosa torre de la Catedral, monumento grandioso de arquitectura gótica, considerada como la mejor obra de su género en España, y como una verdadera maravilla. En efecto, la Catedral de Toledo queda atrás de toda descripción posible. Los arquitectos han construido una obra tan llena de majestad y de gracia, y los escultores han hecho tales prodigios con el granito, que parece aquello una ilusión de óptica en que se han querido simular murallas y columnas con blondas y encajes. Allí no hay nada que no sea una obra sobresaliente de arte, y que no arranque la admiración del observador. Los respaldares de los sillones de madera de los canónigos son magníficos bajorrelieves, representando la conquista de Granada y campaña contra los moros, y hasta los atriles y misales son trabajos sobresalientes de escultura y de dibujo. Las murallas están cubiertas de estatuas de medio realce, y cada altar es una obra que confunde a los artistas del día. En un corredor hay algunos frescos de Bayen que no dejan otra cosa que decir que lanzar una maldición a canónigos y sacristanes que han tolerado que los curiosos y chiquillos vayan a escribir sus nombres con un clavo, y a descascarar las murallas.

Hablarle de la riqueza de la iglesia sería nunca acabar. Bastará decirle que la caja de plata de la custodia, que es un trabajo artístico de gran mérito, pesa quince arrobas, de valor de 17.000 y pico de pesos, sin contar con los brillantes y piedras preciosas; que el vestido y manto de la virgen tiene 300 onzas de oro fino en canuillo, lentejuelas y demás zarandajas, y que el número de perlas y piedras es infinito, y que la corona vale más de 30.000 pesos. Tentado estuve a creer que todo aquello era falso, y que entre sacristanes y devotos se habían llevado las piedras finas y valores, riéndose de las excomuniones de los papas y arzobispos.

Otra preciosidad de aquella Catedral es su biblioteca, compuesta en su mayor parte de códices manuscritos de los siglos VIII hasta el XVI. Hay libros escritos en láminas de plomo, en hojas de palma, en pa-

piro, pizarra y tablitas chinescas, en dibujos e ilustraciones de los más distinguidos pintores españoles. La biblioteca, en verdad, no tiene otro mérito que éste, porque casi sólo contiene misales y libros de iglesia, pero así y sin así, ella sólo sirve de adorno.

Fuera de ésta hay muchas otras iglesias que ver y admirar en Toledo. Imagínese Ud. que ha contado 20 parroquias, 6 iglesias mozarábigas, en que se observaban los ritos de los cristianos españoles durante la dominación arábica, 9 capillas, 14 conventos, 23 monasterios y quien sabe cuántos oratorios. Ya Ud. podrá imaginarse el número de frailes que allí había en la época en que éstos estuvieron de favor, cuando ahora mismo es aquél el centro de todos los clérigos que van a buscar el Primado de las Españas, el cual, sea dicho de paso, no sale de Madrid, en donde juega en grande en las manipulaciones políticas. De la permanencia de frailes y clérigos han nacido milagros de todo género y especie, para confeccionar otros 20 volúmenes de Año Cristiano. En la catedral se conserva una piedra en que puso sus pies la Virgen cuando bajó a la tierra a pedir que levantaran ese templo; en otra parte, hay un pedazo del vestido con que vino del cielo Santa Leocadia a hacer una visita a San Ildefonso; más allá hay un Cristo en la cruz, que bajó un brazo para certificar la honradez de una doncella, y en la plaza principal, arriba de unos portales, hay otro crucifijo al cual se le alumbraba cada noche con una docena de velas.

Sin duda para dar lugar a los frailes y a los milagros, los pobladores de Toledo se han mandado mudar a otras partes. Así, la ciudad que en otro tiempo tuvo 200 mil habitantes, tiene hoy 16.000 escasos; y sin duda la disminución seguiría si continuase el régimen antiguo, es decir, el gobierno absoluto, el monopolio y las res-

tricciones en la industria, la intolerancia política y religiosa, y la pujanza y poderío de frailes y clérigos. Hoy que la España comienza a remover los obstáculos, y a abandonar la basura para dar lugar al progreso y la civilización, la despoblación de sus campos y ciudades comienza a desaparecer. En cuatro años más, cuando se hayan terminado algunas líneas de ferrocarriles que se trabajan, su situación habrá cambiado radicalmente. Por eso creo que un viaje por España en las actuales circunstancias tiene un gran interés; se ve aún la postración a que el fanatismo clerical y los gobiernos absolutos la trajeron, y se palpan los progresos inmensos que ha hecho en los pocos años que lleva de vida con un régimen menos restrictivo.

En Toledo visité, además, otros dos establecimientos, de que debo hacer mención en esta carta. Uno de ellos es una gran casa de locos establecida en un edificio bastante notable. ¿Qué cree Ud. que hacían los locos en el momento que visitamos el establecimiento? Rezaban el rosario en voz alta; y ya podrá Ud. imaginarse lo que sería aquella pepitoria capaz de volver locos a los sanos y de hacer incurables a los enfermos.

El otro establecimiento que visité fué la gran fábrica de armas blancas. Allí se nos mostró uno a uno todos los talleres, desde aquel en que se amalgaman las herraduras gastadas para confeccionar las hojas, hasta la sala en que se bruñen las empuñaduras. Le aseguro que es aquel un establecimiento digno de ser visitado, y de él y de otras cosas que vi en Toledo le daría una descripción o noticia, si ya esta carta no hubiera tomado mayores dimensiones. Debo prevenirle que en la herrería compré un puñal para remitir a Ud. en primera oportunidad. Agréguele, si Ud. quiere, el ser recuerdo de un amigo.

Todo suyo.

DIEGO BARROS ARANA